

Para la filosofía y la historia, la problemática del tiempo ha sido y sigue siendo una problemática esencial. En nuestro mundo tan incierto, convulsionado y peligroso, esta temática ha adquirido una emergencia que refleja las inquietudes de nuestro presente. Este presente es el centro de una reflexión que se inscribe en lo que podríamos llamar una crisis del tiempo. Para llevar adelante nuestra reflexión, vamos a utilizar los trabajos del historiador François Hartog.

Frédéric Richard

François Hartog, director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, ha dedicado una gran parte de su obra al estudio de la representación del tiempo a través del concepto de historicidad. Podemos citar en la extensa bibliografía del autor dos obras: *Régimes d'historicité. Présentation y expérience du temps*. Hemos utilizado la edición aumentada del 2012. En castellano: *Regímenes de historicidad. Presentación y experiencia del tiempo*. El segundo libro es: *Chronos. L'Occident aux prises avec le temps*. Publicado en 2020. En castellano: *Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy*. Hemos utilizado también la entrevista que ha dado François Hartog en el número 497-498 de julio-agosto 2022 de la revista *l'Histoire* dedicado a la invención del tiempo.

La historicidad es el concepto esencial desarrollado por el autor. Los regímenes de historicidad hacen hincapié en la capacidad de un individuo o de una sociedad de ubicarse en el tiempo articulando el presente, el pasado y el futuro.

No es siempre fácil. Según François Hartog, su reflexión empezó a partir de un fragmento de la Odisea. Cuando Odiseo escucha el relato de la toma de Troya por Démodocos, el bardo de los Feacios, su única reacción es el llanto. Se ha vuelto un exiliado que ha perdido todo, su esposa, su hijo, su reino, sus compañeros, sus naves y hasta su nombre. No puede ya vincularse a los momentos de gloria de su vida pasada.

San Agustín, en el capítulo undécimo de las Confesiones, muestra la dificultad de decir el tiempo entre la memoria, el presente del pasado; la atención, el presente del presente; y la espera, el presente del futuro.

François Hartog insiste en la ruptura fundamental que representó el cristianismo en relación con las culturas de la época, a menudo inmersa en una concepción cíclica del tiempo. Percepciones complejas se imponen. El tiempo fue encerrado entre dos acontecimientos: la encarnación y el juicio final asociado al libro del Apocalipsis. Entre los dos, el presente no tiene una importancia propia. Según San Pablo, debe servir esencialmente a la conversión y a conseguir la salvación.

En una de sus obras maestras, la Ciudad de Dios, San Agustín muestra que hay dos ciudades, la Ciudad de los Hombres, donde viven los hombres, mundo del pecado, de la gloria, del orgullo, mundo del presente y percedero, incluso si se encuentra en él personas

de bien. Hay que vivir al mismo tiempo hasta el fin de los tiempos en la Ciudad de Dios eterna dedicada al culto de Dios, de los santos, a la justicia...

François Hartog insiste en la voluntad durante la Edad Media de controlar este tiempo terrestre y humano con referencias cristianas a través del calendario, las fiestas y la liturgia.

El tiempo ha sido una temática de reflexión esencial para San Agustín. En las Confesiones se pregunta lo que es el tiempo. Afirma que si nadie me pregunta, sé lo que es. Si alguien me pregunta, no lo puedo explicar.

Al mismo tiempo, los cristianos deben construir una relación con el pasado. Hay que saber leer el pasado, sobre todo el Antiguo Testamento. La exégesis bíblica permite explicar el presente a través del pasado. Durante la Edad Media, se busca de manera sistemática elementos del Antiguo Testamento que anuncian los acontecimientos del Nuevo Testamento.

De manera general, las sociedades tradicionales buscan sus referencias en el pasado.

La gran fractura en el mundo occidental es sin duda el siglo XVIII con la época de las Luces. El tiempo cristiano debe cohabitar con el tiempo de la ciencia. François Hartog utiliza el ejemplo del naturalista Buffon que demuestra que la edad de la Tierra no coincide con los datos bíblicos.

Además, los progresos científicos, técnicos y económicos introducen la idea de progreso y dan una imagen cada vez más positiva al futuro.

La lectura actual del tiempo se afirma según François Hartog en la segunda mitad del siglo XX. Es lo que el autor llama el presentismo. Un concepto tan esencial como el concepto de historicidad. Un presente perpetuo, omnipresente y tiránico se ha vuelto nuestro único horizonte. Desde el siglo XX, las guerras, los genocidios y las crisis económicas no permiten volcarnos hacia un pasado terrorífico. Los problemas actuales: la crisis ambiental y climática cada vez más inquietante, las crisis sanitarias como la del Covid 19, los múltiples conflictos en un mundo cada vez más violento, fragmentado, y sin regulación, anuncian un futuro cada vez más incierto que nos lleva a una distopía anunciada.

Numerosos son los filósofos contemporáneos como el francés Jean Vioulac, hablaremos en un programa próximo de su último libro, *Metafísica del Antropoceno. Nihilismo y totalitarismo*, que muestran la capacidad de destrucción de la especie humana. El concepto de Antropoceno ha sido definido en 2000 por el químico de la atmósfera y meteorólogo neerlandés Paul John Crutzen, y el biólogo norteamericano Eugene Stoermer. Es una nueva época geológica que sucede al holoceno que ve las sociedades humanas capaces de alterar los equilibrios terrestres. La gran mayoría de los especialistas hace empezar el Antropoceno con la Revolución industrial al principio del siglo XIX.

Todo lo que se había visto como positivo inscrito en la modernidad es ahora sujeto a duda y considerado como un elemento que acelera el desastre.

No necesitamos el juicio final del tiempo cristiano. Los seres humanos son los actores de su propia destrucción.

Estamos presos de un presente que no puede articularse con un pasado y un futuro que no permiten muchas referencias positivas.

Esta situación dificulta las reacciones frente a tantos desafíos. El presentismo es un obstáculo que puede paralizar nuestras sociedades sin referencias pasadas y sin esperanzas futuras. En lo que François Hartog llama una crisis del futuro, la capacidad de prospectiva se ha vuelto bien limitada.

Es una nueva historicidad que articula presente y pasado, y sobre todo presente y futuro que tenemos que encontrar.